

trata de escoger, por último, entre la dictadura del puñal y la dictadura del sable: yo escojo la dictadura del sable, porque es más noble. (*¡Bravo, bravo!*) Señores, al votar nos dividiremos en esta cuestión; y dividiéndonos, seremos consecuentes con nosotros mismos. Vosotros, señores, votaréis como siempre, lo más popular; nosotros, señores, como siempre, votaremos lo más saludable.

(Una grande agitación sigue á este discurso. El orador recibe las felicitaciones de casi todos los diputados del Congreso)

CORRESPONDENCIA

CON EL SEÑOR CONDE DE MONTALEMBERT

LA ROCHE-EN-BRENY (Côte d'Or), 7 de Mayo de 1849.

SR. MARQUÉS: Las muchas ocupaciones que me rodean en París, me han impedido responder hasta ahora á la apreciable de Ud. del 23 de Marzo último.

La que yo me tomé la libertad de dirigir á Ud., hace algunos meses, fué inspirada por la emoción profunda y viva admiración que me había producido su incomparable discurso acerca de la marcha paralela de la impiedad y de la dictadura en el mundo moderno. Ya antes de que nuestro periódico católico *L'Univers* publicara parte de este discurso, le conocía yo por haberme enseñado su traductor el original. No he visto en mi vida nada más elevado ni más verdadero en punto á elocuencia parlamentaria; y me fué imposible resistir al deseo de participar á Ud. mi humilde simpatía. Adjuntos á mi carta remití á Ud. algunos discursos y escritos míos con el fin de mostrarle nuestra conformidad en muchos puntos. Cuando vuelva Ud. de Berlín á Madrid, espero que á su paso por París, tendré el honor de conocerle personalmente, y entonces le manifestaré de viva voz la alta y respetuosa consideración que le profeso; repitiéndome entretanto su afectísimo y atento servidor,

EL CONDE DE MONTALEMBERT.

SEÑOR MARQUES DE VALDEGAMAS

dad está en la identidad substancial de los sucesos, velada y como escondida por la variedad infinita de las formas.

Siendo esta mi creencia, dejo á la consideración de usted adivinar mi opinión sobre el resultado de la lucha que hoy está trabada en el mundo.

Y no se me diga, que si el vencimiento es seguro, la lucha es excusada: porque en primer lugar, la lucha puede aplazar la catástrofe; y, en segundo lugar, la lucha es un deber y no una especulación para los que nos preciamos de católicos. Demos gracias á Dios de habernos otorgado el combate, y no pidamos sobre la gracia del combate la gracia del triunfo á aquel que en su bondad infinita reserva á los que combaten bien por su causa una recompensa mayor que la victoria.

En cuanto á la manera de combatir, no encuentro más que una que pueda dar hoy día provechosos resultados: el combate por medio de la imprenta periódica. Hoy día es menester que la verdad dé en el tímpano del oído, y que resuene en él monótona y perpetuamente, si sus ecos han de llegar hasta el recóndito santuario en donde las almas yacen enervadas y dormidas. Los combates de tribuna sirven poco: los discursos, siendo frecuentes, no cautivan; siendo raros, no dejan huella en la memoria; los aplausos que arrancan, no son triunfos, porque se dirigen al artista, no se dirigen al cristiano. Entre todos los periódicos que hoy ven la luz pública en Francia, *L'univers* es el que me parece que ha ejercido, sobre todo en estos últimos tiempos, la influencia más saludable y provechosa.

En esta especie de confesión general que hago en presencia de Ud., debo declarar aquí ingenuamente que mis ideas políticas y religiosas de hoy no se parecen á mis ideas políticas y religiosas de otros tiempos. Mi conversión á los buenos principios se debe, en primer lugar, á la misericordia divina; y después, al estudio profundo de las revoluciones¹. Las revolucio-

¹ Ante tan clara y hermosa confesión, ¿quién podrá decir ni pensar que el gran Donoso Cortés dejó de convertirse verdaderamente y dar de mano á sus antiguas ilusiones ó errores liberales? —(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

nes son los fanales de la Providencia y de la historia: los que han tenido la fortuna ó la desgracia de vivir y morir en tiempos sosegados y apacibles, puede decirse que han atravesado la vida, y que han llegado á la muerte, sin salir de la infancia. Sólo los que, como nosotros, viven en medio de las tormentas, pueden vestirse la toga de la virilidad, y decir de sí propios que son hombres.

Las revoluciones son, desde cierto aspecto y hasta cierto punto, buenas como las herejías, porque confirman en la fe, y la esclarecen. Yo no había comprendido nunca la rebeldía gigantesca de Luzbel, hasta que he visto con mis propios ojos el orgullo insensato de Proudhón; la ceguedad humana casi ha dejado de ser un misterio, á vista de la ceguedad incurable y sobrenatural de las clases acomodadas. En cuanto al dogma de la perversión ingénita de la naturaleza humana y de su inclinación hacia el mal, ¿quién la pondrá hoy en duda, si pone los ojos en las falanges socialistas?

Tiempo es ya de poner término á esta carta, que no exige contestación, no siendo, como no es, sino el desahogo de un hombre ocioso, dirigido á un hombre ocupado. Cuando tenga el gusto de ver á Ud., nos ocuparemos más detenidamente de estos grandes problemas; entonces tendré el placer de recoger de manos de Ud. la colección de sus elocuentísimos discursos, don precioso para quien, como yo, estima el noble carácter de Ud. y admira la elevación de su esclarecido talento.

Entretanto, queda de Ud. su atento, seguro servidor Q. B. S. M.,

EL MARQUÉS DE VALDEGAMAS.

SEÑOR CONDE DE MONTALEMBERT.

PARÍS, 1.º de Junio de 1849.

SR. MARQUÉS: Doy á Ud. un millón de gracias por la carta que se ha servido escribirme con fecha 26 del pasado Mayo, y que ha excitado hasta el más alto punto mi simpatía y mi interés.

Del propio modo que lo hizo Ud. en su admirable discurso de este invierno, veo que siempre se va al fondo de las cosas, y que después de haber sondado los abismos, sabe Ud. elevarse con el pensamiento á una altura donde nadie había subido antes de Ud.

A gran dicha tengo estar de acuerdo con Ud. en todo ó casi todo. Creo, como Ud., que efectivamente la civilización filosófica representa *el mal sin ninguna mezcla de bien*. Pero no tan absolutamente admito que la civilización católica (la cual no ha sido instituida directamente por Dios, como la Iglesia), contenga *el bien sin mezcla alguna de mal*; porque los hombres mezclan siempre el mal en todo lo que ellos hacen.

Por otra parte, ¿cuál época señalaremos como la en que haya existido la civilización, ó sea la sociedad católica por excelencia? Para mí, es indudable que esta época fué la Edad Media en el período desde el siglo VIII hasta el XIV, pero no es menos evidente que aquella civilización ha experimentado alteración en su *forma* y en su *fuertza*, antes de ser vencida y reemplazada por el racionalismo democrático. La Francia de San Luis no se parece por cierto á la Francia de Luis XVI, sin embargo de ser ambas católicas; así como la España de San Fernando no ha sido ciertamente idéntica á la España de Felipe V.

— 141 —

Pero ya discutiremos estos puntos secundarios cuando tengamos el gusto de vernos. Entretanto, permítame Ud. pedirle en nombre de los redactores de *L'Univers*, á quienes he comunicado su carta, la autorización para publicarla en aquel periódico, ya sea con la firma de Ud. (que es lo que más estimarían aquéllos), ya como un remitido anónimo. Mientras de su amabilidad obtengo este favor, con el mayor placer me repito su atento, respetuoso y seguro servidor.

EL CONDE DE MONTALEMBERT.

SEÑOR MARQUÉS DE VALDEGAMAS

BERLÍN, 4 de Junio de 1849.

SR. CONDE: Acabo de recibir hoy mismo la muy apreciable de Ud. del 1.º de Junio en contestación á la que tuve la honra de escribirle en 26 de Mayo. La conformidad de nuestras ideas es una de las cosas que más podían lisonjearme, y que más me lisonjean. La amistad y la simpatía de Ud. son cosas de inestimable valor, y yo sé apreciarlas en todo lo que valen.

Nuestra conformidad va más allá, y es más absoluta de lo que á Ud. le parece. La civilización católica puede ser considerada de dos maneras diferentes: ó en sí misma, como un cierto conjunto de principios religiosos y sociales, ó en su realidad histórica, en la cual esos principios se combinan con la libertad humana. Considerada desde el primer punto de vista, la civilización católica, es perfecta; considerada desde el segundo punto de vista, la civilización católica, en su desarrollo en el tiempo y en su extensión en el espacio, se ha sujetado á las im-

perfecciones y á las vicisitudes de todo lo que se extiende en el espacio y se prolonga en el tiempo. En mi carta no consideraré yo esa civilización sino desde el primer punto de vista. Considerándola ahora desde su punto de vista segundo, es decir, en su realidad histórica, diré que habiendo nacido sus imperfecciones únicamente de su combinación con la libertad humana, el verdadero progreso hubiera consistido en sujetar el elemento humano, que la corrompe, al divino, que la depura. La sociedad ha seguido un rumbo diferente: dando por fenecido el imperio de la fe, y proclamando la independencia de la razón y de la voluntad del hombre, ha convertido el mal, que era relativo, excepcional y contingente, en absoluto, universal y necesario. Este período de rápido retroceso comenzó en Europa con la restauración del paganismo literario, la cual produjo, unas después de otras, las restauraciones del paganismo filosófico, del paganismo religioso y del paganismo político. Hoy el mundo está en vísperas de la última de estas restauraciones: la restauración del paganismo socialista.

La historia está ya en estado de formular su juicio acerca de esas dos grandes civilizaciones, de las cuales la una consiste en conformar la razón y la voluntad del hombre al elemento divino; y la otra en dejar á un lado el elemento divino, y en proclamar la independencia y la soberanía del elemento humano. El siglo de oro de la civilización católica, es decir, el siglo en que la razón y la voluntad del hombre se conformaron con una conformidad menos imperfecta al elemento divino, ó, lo que es lo mismo, al elemento católico, fué sin duda ninguna el siglo XIV; así como el siglo de hierro de la civilización filosófica, es decir, el siglo en que la razón y la voluntad del hombre han llegado al apogeo de su independencia y de su soberanía, es sin duda el siglo XIX.

Por lo demás, ese gran retroceso estaba en la ley, sabia á un mismo tiempo y misteriosa, con que Dios dirige y gobierna al género humano. Si la civilización católica hubiera seguido en un progreso continuo, la tierra hubiera llegado á ser el pa-

raíso del hombre, y Dios ha querido que la tierra sea un valle de lágrimas: Dios hubiera sido socialista: ¿qué hubiera sido entonces Proudhón? Cada uno está bien en donde está: Dios en el cielo, y Proudhón en la tierra; Proudhón buscando siempre, sin encontrarle jamás, un paraíso en un valle de lágrimas; y Dios poniendo ese gran valle entre dos grandes paraísos, para que el hombre estuviera entre una gran esperanza y un gran recuerdo.

Viniendo ahora al deseo que Ud. me manifiesta, en nombre de los redactores de *L'Univers*, de que se publique mi carta, debo decir á Ud., que en otros tiempos hubiera tenido en ello un gran inconveniente, pero que hoy día no tengo inconveniente ninguno. Yo he tenido el fanatismo literario, el fanatismo de la expresión, el fanatismo de la belleza en las formas, y las formas de una carta particular no son ni literarias ni bellas; pero este fanatismo pasó; hoy día más bien desprecio que admiro ese talento, que es una enfermedad nerviosa, más bien que un talento del alma.

Cuando tenga el gusto de ver á Ud., hablaremos más largamente de todos estos asuntos: para una carta bastan estas ligeras indicaciones.

Entretanto queda de Ud. su atento seguro servidor

Q. B. S. M.,

EL MARQUÉS DE VALDEGAMAS.

SEÑOR CONDE DE MONTALEMBERT.

BERLÍN, 26 de Mayo de 1849.

SR. CONDE: Puesto que Ud. entiende el español, me tomo la libertad de contestar á su apreciable carta del 7 en mi propia lengua, no siéndome posible expresar mis pensamientos con la claridad y con la soltura convenientes en una lengua extraña.

Cuando Ud. tuvo la bondad de escribirme, iban á comenzar las elecciones; esta consideración y el deseo de no distraer su atención en aquellos momentos solemnes, me retrajo de contestar á Ud., como lo nago ahora, aprovechando el intervalo que media entre las últimas operaciones electorales y las primeras discusiones de la Asamblea legislativa.

Las simpatías de un hombre como Ud. son la más bella recompensa terrestre de mis honrados esfuerzos por levantar á su mayor altura el principio católico, conservador y vivificador de las sociedades humanas. Por lo demás, yo no correspondería dignamente á las simpatías benévolas de que soy objeto por parte de Ud., si no me presentara á sus ojos tal como soy, ó como creo ser, con la verdad en la boca y con el corazón en la mano. Esto es tanto más necesario, cuanto que no he tenido ocasión hasta ahora de decir todo lo que pienso acerca de los gravísimos problemas que ocupan hoy á los más eminentes ingenios.

El destino de la humanidad es un misterio profundo, que ha recibido dos explicaciones contrarias: la del catolicismo y la de la Filosofía¹; el conjunto de cada una de esas explicacio-

¹ *Incrédula*, pudo añadir explicando su propia idea nuestro ilustre Donoso. —(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

nes constituye una civilización completa; entre esas dos civilizaciones hay un abismo insondable, un antagonismo absoluto; las tentativas dirigidas á una transacción entre ellas han sido, son y serán perpetuamente vanas. La una es el error, la otra es la verdad; la una es el mal, la otra es el bien; entre ellas es necesario elegir con una suprema elección, y proclamar en todas sus partes la una, y condenar en todas sus partes la otra, después de haber elegido: los que fluctúan entre ambas, los que de la una aceptan los principios y de la otra las consecuencias, los eclécticos, en fin, están todos fuera de la categoría de las grandes inteligencias, y están condenados irremisiblemente al absurdo.

Yo creo que la civilización católica contiene el bien sin mezcla de mal, y que la filosofía contiene el mal sin mezcla de bien alguno.

La civilización católica enseña¹ que la naturaleza del hombre está enferma y caída; caída y enferma de una manera radical en su esencia y en todos los elementos que la constituyen. Estando enfermo el entendimiento humano, no puede inventar la verdad ni descubrirla, sino verla cuando se la ponen por delante: estando enferma la voluntad, no puede querer el bien ni obrarle sino ayudada, y no lo será sino estando sujeta y reprimida. Siendo esto así, es cosa clara que la libertad de discusión conduce necesariamente al error, como la libertad de acción conduce necesariamente al mal. La razón humana no puede ver la verdad, si no se la muestra una autoridad infalible y enseñante; la voluntad humana no puede querer el bien ni obrarle, si no está reprimida por el temor de Dios. Cuando la voluntad se emancipa de Dios y la razón de la Iglesia, el error y el mal reinan sin contrapeso en el mundo.

La civilización filosófica enseña que la naturaleza del hombre es una naturaleza entera y sana; sana y entera de una manera radical en su esencia y en los elementos que la constitu-

¹ El discreto lector rectificará sin gran dificultad las palabras que no expresan con exactitud la verdadera doctrina. —(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

yen. Estando sano el entendimiento del hombre, puede ver la verdad, descubrirla é inventarla; estando sana la voluntad, quiere el bien y obra el bien naturalmente. Esto supuesto, es cosa clara que la razón llegará á conocer la verdad, toda la verdad, abandonada á sí misma, y que la voluntad, abandonada á sí propia, realizará forzosamente el bien absoluto. Siendo esto así, es cosa clara que la solución del gran problema social está en romper todas las ligaduras que comprimen y sujetan la razón humana y el libre albedrío del hombre; el mal no está en este libre albedrío ni en esa razón, sino en aquellas ligaduras. Si el mal consiste en tener ligaduras, y el bien en no tenerlas, la perfección consistirá en no tener ninguna de ninguna especie. Si esto es así, la humanidad será perfecta cuando niegue á Dios, que es su ligadura divina, y cuando niegue el Gobierno, que es su ligadura política, y cuando niegue la propiedad, que es su ligadura social, y cuando niegue la familia, que es su ligadura doméstica. Todo el que no acepta todas y cada una de estas conclusiones se pone fuera de la civilización filosófica, y todo el que, poniéndose fuera de esta civilización, no entre en el gremio católico, anda por los desiertos del vacío.

Del problema teórico pasemos al práctico. ¿A cuál de estas dos civilizaciones está prometida en el tiempo la victoria? Yo respondo á esta pregunta, sin que mi pluma vacile, sin que se oprima mi corazón y sin que mi razón se turbe, que el triunfo en el tiempo será irremisiblemente de la civilización filosófica. ¿Ha querido el hombre ser libre? Lo será. ¿Aborrece las ligaduras? Todas caerán á sus pies hechas pedazos. Un día hubo en que, para tomar el pulso á su libertad, quiso matar á su Dios. ¿No lo hizo? ¿No le puso en una Cruz y entre dos ladrones? ¿Bajaron por ventura los ángeles del cielo para defender al justo, que agonizaba en la tierra? Pues ¿por qué bajarían ahora, cuando no se trata de la Crucifixión de Dios, sino de la crucifixión del hombre por el hombre? ¿Por qué descenderían ahora, cuando nuestra conciencia nos está diciendo á

voces, que en esta gran tragedia ningunos merecen su intervención, ni los que han de ser las víctimas ni los que han de ser los verdugos?

Aquí se trata de una cuestión muy grave: se trata de averiguar nada menos cuál es el verdadero espíritu del catolicismo acerca de las vicisitudes de esa lucha gigantesca entre el mal y el bien, ó como San Agustín diría: entre la ciudad de Dios y la ciudad del mundo. Yo tengo para mí por cosa probada y evidente, que el mal acaba siempre por triunfar del bien acá abajo, y que el triunfo sobre el mal es una cosa reservada á Dios, si pudiera decirse así, personalmente.

Por esta razón no hay período histórico que no vaya á parar á una gran catástrofe. El primer período histórico comienza en la creación y va á parar al diluvio. Y ¿qué significa el diluvio? El diluvio significa dos cosas: significa el triunfo natural del mal sobre el bien, y el triunfo sobrenatural de Dios sobre el mal, por medio de una acción *directa, personal y soberana*.

Empapados todavía los hombres en las aguas del diluvio, la misma lucha comienza otra vez: las tinieblas se van aglomerando en todos los horizontes; á la venida del Señor, todos estaban negros; las nieblas eran nieblas palpables; el Señor sube á la Cruz, y vuelve el día para el mundo. ¿Qué significa esa gran catástrofe? Significa dos cosas: significa el triunfo natural del mal sobre el bien, y el triunfo sobrenatural de Dios sobre el mal, por medio de una acción *directa, personal y soberana*.

Esta es para mí la filosofía, toda la filosofía de la historia. Vico estuvo á punto de ver la verdad; y si la hubiera visto, la hubiera expuesto mejor que yo; pero perdiendo muy pronto el surco luminoso, se vió rodeado de tinieblas; en la variedad infinita de los sucesos humanos creyó descubrir siempre un cierto y restringido número de formas políticas y sociales; para demostrar su error basta acudir á los Estados Unidos, que no se ajustan á ninguna de esas formas; si hubiera entrado más hondamente en los misterios católicos, hubiera visto que la verdad está en esa misma proposición vuelta al revés; la ver-